

P. Alfonso Ruiz, ocd

3

Estilo de Hermanidad

Burgos - 2020

Estilo de hermandad

Entre todos los matices que caracterizan el estilo teresiano, quizá ninguno tan significativo y peculiar como lo que ella misma ha denominado con expresión afortunada: **Estilo de hermandad**.

Además —por fortuna para nosotros—, para poder lograr y vivir este estilo, nos ha legado consignas realmente preciosas, como veremos, en el *Camino*, su ideario fundacional. Y tan substancial a la vida renovada que ella deseaba lo juzgó que, cuando va a iniciarse la misma entre los religiosos, sometió al primero de ellos, a Fr. Juan de la Cruz no solo a su adoctrinamiento, sino a su experiencia viva, en la fundación de monjas de Valladolid. Aquello fue el noviciado de Fr Juan (F 12,5).

Las palabras de la Santa no tienen desperdicio: “Yo me fui con Fr. Juan de la Cruz a la fundación de Valladolid. Y como estuvimos algunos días con oficiales para recoger la casa, sin clausura, había lugar para informar al P. Fr. Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos todas juntas, que todo es con tanta moderación que solo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la regla”.

Aprendizaje y contagio

Se trata de todo un programa con lecciones variadas para una convivencia. Y a todas ellas nos iremos refiriendo. Porque está, pues, claro, en la mente de la Santa, que eso es lo substancial. Y por eso, se propone facilitar al Santo un aprendizaje que, más que teórico, sea vivencial, que se aprende por contacto, por contagio, podíamos decir, que entra por los ojos.

A decir verdad, aquellos días sirvieron también para conocer a fondo a Fr. Juan, el aspirante a la vida descalza. A lo que sabemos, fueron días de conocimiento mutuo, donde cada uno hizo aflorar lo que llevaba dentro, sin que Fr. Juan se arredrara ante la Santa, a pesar de la diferencia de años y de experiencia. Y la Santa no dudará en añadir el juicio que le merece aquella convivencia y encuentro, anotando: “Él era tan bueno que al menos yo podía mucho más deprender de él que el de mí, mas no era esto lo que yo hacía, sino el estilo del proceder de las hermanas” (F 13, 5).

Y en carta familiar a Salcedo, que lleva el propio Santo, y en prueba fehaciente de ese “estilo de hermandad” con que ella sueña, añadirá con encantadora sencillez: “Aunque ha poco tiempo, mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios (y yo que soy la misma ocasión, que me he enojado con él a ratos), jamás le hemos visto una imperfección” (Cta 13,2).

El primer dato, por tanto, que se ha de tener en cuenta es que hay en la Santa una voluntad de estilo de hermandad que han de vivir quienes deseen compartir sus ideales.

Y que ese estilo se aprende, se comunica, se contagia de unos a otros, cuando hay deseo y voluntad de caracterización propia.

Lo que quiere decir **que la hermandad pasa a ser el centro de interés primordial** de esa vida comunitaria en que se agrupan los nuevos carmelitas que ella sueña.

Sí, la hermandad deberá ser **el eje central** sobre el que ha de girar la vida del pequeño colegio de Cristo.

En realidad, la “hermandad” era una aspiración originaria del viejo Carmelo, en el que los religiosos se sienten como Hermanos de la Bienaventurada Virgen María.

Hermanos entre sí y con ella, la hermana Mayor...

De modo que Teresa, que pretende imitar y renovar la vida de aquellos santos padres pasados, se propone también revitalizar esa hermandad original para que no se quede solo en un nombre sin significado, usado simplemente por rutina.

Porque, de cara a una auténtica coherencia, lo importante no es que nos llamen Hermanos, sino serlo de verdad por más que —acaso con el paso del tiempo— cambie esa “denominación de origen”.

Razón de la hermandad

Ahora bien, **la razón de la hermandad no puede estar en cosas exteriores o superficiales**, como pudiera ser el llevar el mismo hábito o vivir bajo el mismo techo.

De ahí que la Santa intuye que lo realmente necesario para no quedarse en el nominalismo es **imprimir un estilo peculiar a esa hermandad**.

Y antes todavía, buscarle **su raíz más honda**. Que, por tratarse de una hermandad religiosa solo puede tener su fundamento en **la caridad**.

Y así como lo que nos hace hermanos en una familia es compartir la misma sangre, gracias a la cual nos igualamos y adquirimos los mismos derechos, Teresa busca el origen de la hermandad también en un mismo amor disfrutado en común y por todos a la par, que es el amor de Dios.

El origen, por tanto, de la hermandad, su razón de ser, lo que le da no solo sentido sino también consistencia es **el amor del Señor que aquí “nos juntó”** (C 1,2).

Nos conviene, por eso, ahondar nuestra reflexión sobre este punto de partida, advirtiendo que, si la llamada del Señor para cada uno fue gratuita y anticipada a nuestro propio amor, todos hemos sido beneficiados por la misma especie de amor... y nadie tiene derechos previos en la comunidad religiosa. Que si es el mismo amor el que nos sostiene, ninguna puede reclamar primacías. Que si es el

mismo amor el que nos hermana, nadie puede reclamar privilegios. Que si el mismo amor nos iguala, ninguno es más que otro.

De modo que, en su amor y en su elección, quedan asumidas todas nuestras diferencias de origen, de cultura, de fortuna, de talentos ... que podrían justificar nuestra reclamación de un trato de favor.

Luego —si hemos sido hermanados por el amor del mismo Señor que nos llamó— mientras formemos parte del Colegio de Cristo, debemos mirarnos y sentirnos hermanos.

Y ninguna obligación tenemos más primordial, para corresponder al amor de quien nos ha beneficiado y cumplir con lo que Él espera de nosotros cuando nos trae a su casa que ejercitar ese amor viviendo en hermandad.

Porque así lo entendía la Santa, apenas definido el ideal en los tres primeros capítulos de *Camino*, y como base imprescindible para la vida de oración y disponernos para poder ser contemplativos, nos propone la necesidad de cultivar las **tres virtudes básicas**.

Y señala como la primera el **“amarse mucho unas a otras”** (4,5) apostillando que en ello, “va muy mucho” como dice con expresión reduplicativa muy propia...

De esta forma el amor mutuo, la caridad queda constituida como el núcleo de la vida común. Y de esa caridad, de su ser más íntimo, nace la fraternidad religiosa, que en la caracterización propia del estilo teresiano pasa a ser y llamarse: hermandad.

Cuáles sean las peculiaridades de esa hermandad nos las ha señalado la Santa, haciendo especial hincapié en una condición básica, que es **la igualdad**.

Desde su experiencia real en la Encarnación, ella sabe que uno no puede sentirse hermano si hay de por medio unas diferencias mantenidas que nos separan, privilegiando a unos sobre todos.

Para llegar a una verdadera hermandad, hay que eliminar las diferencias sociales y acabar con los privilegios de unos sobre otros. La hermandad pide igualdad. Igualdad de derechos y deberes a pesar de que no haya igualdad de condición.

Ahora bien, como no siempre la hermandad supone igualdad de amor entre los hermanos de una misma familia, la Santa reclama cultivar una especie de amor que sí que iguala a quienes lo tienen. **El amor de amistad**.

Lo que significa en línea de práctica que no solo debo valorar como hermanos sino también además como amigos a todos los que El juntó conmigo...

Amor universal

Partiendo de esas dos condiciones, la Santa establece la regla de oro de la hermandad con estas palabras precisas y sin posibilidad de escapatoria: “Aquí

todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar” (C.4, 7).

Y esta es la pincelada maestra con la que debe quedar caracterizada de su estilo de fraternidad, la comunidad que se precie de ser teresiana.

Todas tienen que amarse. Este es el primer presupuesto de la hermandad... **La universalidad. Abrir el corazón y amar a todas** y cada una, sin excepción, conscientes, por una parte, de que todas lo merecen porque todas lo han merecido y recibido antes del Señor que les convocó.

Si el Señor, al llamar a cada uno, le ha otorgado el rango de amigo, cuando yo empiezo a serlo también porque Él me llama, tengo que sentir como amigos en el Amigo a quienes Él ha puesto a mi lado.

Amar y sentirme amigo de todos es demostrar que me siento amigo y amado del Señor... “Creyendo que nos ama Dios y ellas a Él, pues por su Majestad lo dejan todo” (C 4,10) es el punto de partida obligada de este amor según señala la Santa.

Y por otro parte, solo amando a todos, uno adquiere el derecho a reclamar de los demás el deber de amarme y así, en definitiva, de sentirme amado.

De modo que, si en algún momento me dispensara a mí mismo de amar a alguien, estaría negándole su condición de amigo del Señor.

Estaría, a la vez, perdiendo mi derecho a ser considerado como amigo. Y, en todo caso, renuncio al estilo teresiano de comunidad, que me pide y me invita a sentirme hermano y amigo de todos los demás.

Claro que, además de ese motivo de fe que me induce a sentir al hermano como amigo convocado por el Señor, la Santa añade otro más sencillamente humano que, de suyo, tendría que generar la amistad y aún la hermandad, que es la propia cercanía en que se vive, compartiéndolo todo: ¿Qué gente hay tan bruta —argumenta ella— que tratándose siempre y estando en compañía y no habiendo de tener... que no cobre amor? (Cf. C 4,10).

A decir verdad, en la Encarnación había demasiadas diferencias para sentirse hermanas las monjas, y demasiado número para poder sentirse amigas.

Por eso, Teresa había necesitado buscar un grupo de amigas. Pero esa amistad que solo alcanza a algunos rompe, sin querer, la hermandad y, por eso, en aras de su sueño de que todas se pudieran sentir hermanas y, a la vez, amigas, buscó la Santa ansiosamente el pequeño **colegio de Cristo**: “Y de esas amistades querría yo muchas donde hay gran convento, pero no en esta casa, donde no son más de trece, ni lo han de ser, aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar” (C 4, 7).

Si habéis advertido, para dar mayor relieve a su consigna, la Santa ha repetido cuatro veces consecutivas el pronombre TODAS, en el que quedan englobados

todos los miembros del Colegio, de la hermandad., sin que nadie se pueda dispensar.

Como si no bastara con lo dicho de invitar a todas a sentirse y ser amigas, la Santa añade que Todas se han de amar, todas se han de querer.

A simple vista, podría parecer una redundancia innecesaria, pero entiendo que acaso no lo es y sí, en todo caso, una manera de recalcar dos realidades afines — el amar y el querer a la vez— y complementarias, como lo son el amor y el cariño. Amar es la actitud cordial, la disposición que nos lleva a valorar y ver con amor y benevolencia a alguien. Querer es manifestar el amor con el cariño, con señales...

Y ninguna manera más palpable y eficaz de demostrar ese amor y cariño que acudiendo solícitos al encuentro del hermano para prestarle la ayuda que necesita.

Porque el amor, la amistad, no se demuestra con palabras sino con obras. Y tanto más se acredita su existencia cuanto se sabe salir al paso —y aun adivinar— las necesidades del hermano o del amigo para ofrecerle nuestra ayuda.

Sin particularismos

Pero el estilo de hermandad propuesto por la Santa exige que el amor, además de ser universal, y que alcance a TODOS, tenga necesariamente otra cualidad... Y es que ha de alcanzar a todos, no digamos sin preferencias, pero sí sin particularismos.

La diferencia entre ambas cosas es neta y, desde luego, importante, según la meta de la Santa.

La preferencia, en cierto modo, es inevitable, porque bien nace de la afinidad y hacia ella nos lleva el instinto. O se siente como un deber de gratitud frente a quien nos muestra la suya, y por fuerza ha de ser correspondido... Sentir la preferencia no sería, por lo mismo, nada extraño ni alarmante.

No podemos amar a todos por igual, repartiendo nuestro afecto en dosis iguales y prefabricadas y hacerlo así, además sería injusto, pues es obvio que cada uno tiene su propia necesidad. Y lo que para uno resulta sobrado, acaso para otro le parece suficiente.

El particularismo, en cambio, supone centrar nuestro corazón en alguien, y de tal forma emplear en él nuestra atención y nuestro afecto que perdemos de vista a los demás, dando, en buena medida, a ese “privilegiado” lo que restamos y quitamos a los demás.

Y de esa posibilidad —que también tiene mucho de instintiva— es de lo que previene la Santa, advirtiéndolo sagaz que “en mujeres creo debe darse esto aún más que en hombres” (C.4,5), acaso sencillamente, pues ella no da la razón, porque su sicología tiende a ser más afectiva y efusiva, más propicia al amor en singular, que es el que lleva al enamoramiento.

Conviene advertir que, de suyo, el particularismo no impide el amar a todas, y ahí es donde está lo equívoco. Solo que ese amor particular tiende a ser más absorbente y puede llevar a un reparto indebido de nuestro amor, dando injustamente más a quien capitaliza nuestro favoritismo y restándoselo a los demás con lo que —según advierte la Santa— se “hace daños para la comunidad muy notorios” (C 4, 6).

Y los hace, sencillamente, porque contrapone una a Todas. De modo que, al fin no ve y siente a todas como amigas, sino a aquella que es objeto de su particularismo, su amiga...

En su afán de prevenir contra este particularismo, la Santa señala algunos de esos daños para mejor saber evitarlos. Dice en un texto un tanto mordaz: “De aquí viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas veces más para decirle lo que la quiere, y otras cosas impertinentes, que lo que ama a Dios” (C 4,6), “las niñerías que vienen de aquí, no tienen cuento” (C 4,8), dirá luego, aludiendo, más adelante, a la posibilidad de que esas particularidades puedan incluso parecer “santas”. Se presume —pues no lo dice— que por buscar con ellas la finalidad de una ayuda espiritual.

Los detalles pueden ser irónicos, pero ponen el dedo en la llaga, pues aluden a una actitud profundamente humana por la que clama el natural.

El cariño, de suyo, tiende a individualizarse, y más aún si descubre un reclamo o una afinidad o gracias de naturaleza, que hacen más amable a quien las tiene... Y la Santa misma reconoce que es así, “que no podrá ser menos, que es natural y muchas veces nos lleva a amar lo más ruin si tiene más gracias de naturaleza”, pero advirtiendo, a la vez, de cómo es preciso irse “mucho a la mano” y no dejarse “enseñorear” de aquella afición (C 4,7).

En todo caso la Santa advierte seriamente del riesgo que hay de dividir la comunidad, creando bandos según la propia predilección y favoritismo, al no englobar a todas en el mismo amor de amigas y preferir tener alguna amiga más particular... Y su aviso se convierte en ruego a quienes presuman de querer ser sus seguidores: “Y guárdense de estas particularidades por amor del Señor, por santas que sean” (C 4,7). Añadiendo una coletilla singular que lleva la reflexión y el riesgo fuera de la comunidad, a la propia familia natural: “que aun entre hermanos suele ser ponzoña”, dice. Es decir, una especie de veneno sutil que puede resentir la propia hermandad, sintiéndose naturalmente resentido, envenenado, quien no es favorecido con un amor de más amistad... Que eso son los celos.

Quizá sea lección aprendida en su propia experiencia, donde —por más que ella se sintió “muy querida de todos” y a todos quiso— no dejó de querer a alguno más en particular. Y a ello apuntaban los celos de D. Pedro por el cariño de D. Lorenzo.

Tomando pie de esto mismo, tan natural, la Santa vuelve a avisar que, si este particularismo se originara también entre los miembros de la comunidad por

algún vínculo de parentesco, sería todavía peor, calificando el mal con esa expresión tan suya de “pestilencia”.

Y lo mismo cabe decir si, de alguna manera, ese particularismo es ejercido por la priora... Por razones obvias, ya que, si está llamada a centrar el amor de todas, es la primera obligada a amar a todas, de modo que, como la Santa añade: “en cualquiera será malo, y en la prelada, pestilencia” (C 4,8).

El consejo de la Santa es claro y está lleno de sagacidad. “En atajar estas parcialidades es menester gran cuidado desde el principio que se comienza la amistad; esto más con industria y amor que con rigor” (C 4,9).

Ofreciendo, de paso, como remedio, la conveniencia de buscar cada una la soledad y el silencio, consciente de que en el encuentro y la comunicación se aviva la amistad. Y, por lo mismo, a falta de las ocasiones de hacerlo, no crecerá la misma y acabará por mermar, aunque estuviera incipiente, si no la cultivamos.

Un corazón libre

Pero el riesgo mayor del particularismo no se resume en el daño que pueda hacer a la comunidad. O, mejor dicho, va más allá de lo que parece.

Porque el mal no está en que uno capitalice más interés y afecto que los demás, ni incluso en que puedan crearse esos bandos dentro de la fraternidad...

El gran peligro es que uno mismo, si se consiente y cultiva ese particularismo acabe atado a ese afecto particular y con ello socave la raíz misma de su corazón, de su consagración afectiva a Dios y, por consiguiente, de su razón de ser y de estar en la comunidad, en el Colegio de Cristo.

Dice la Santa, incluyéndose a sí misma, como quien sabe que el riesgo le alcanza: “No consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie vuestra voluntad, sino del que la compró con su sangre; miren que, sin entender cómo, se hallarán asidas que no se puedan valer”. (C. 4,8).

Ya dijimos —haciéndonos eco a la doctrina de la Santa— que la sustancia del estilo de vida ideado por ella, del estilo de ermitañas, no estaba en crear un espacio solitario en el desierto, sino en vivir a solas con Dios solo, en darse todas al Todo sin hacerse partes (C.8,1). Vemos, entonces, que un corazón no liberado, un corazón atado a una criatura se sale del estilo ermitaño. Y su presencia misma en el colegio de Cristo se desnaturaliza, ya que no vive en el ejercicio de ese amor para el que le “juntó” a los demás.

Consciente la Santa de la facilidad con que, a pesar de todos los avisos, se puede, en ocasiones, enredar el corazón con ataduras afectivas, y así perder su libertad, previene de un riesgo singular y no menos peligroso, para la vida personal y comunitaria: el de poner el afecto y el particularismo en alguien fuera de la comunidad, como podría ser nada menos que en el confesor, o aquella persona con la que más en particular se contrasta el camino espiritual. Algo siempre posible, por más que, en principio, hecho con templanza y discreción

como Teresa reconoce no solo es oportuno, sino que tratar con personas virtuosas, especialmente confesores, “es provechoso” (C 4,13).

Y bueno será convenir que no porque la motivación del encuentro y la amistad sea espiritual, deja de entrañar su riesgo de particularismo y de atadura. Y reconocer, a la vez, que el hecho de que sea alguien que vive fuera de la “hermandad”, puede facilitar también mi desplazamiento afectivo fuera de ella.

Naturalmente, una vez alertado el peligro, la Santa apunta también el remedio, “porque dejar de dar algún medio no se sufre” (C 4,14) que por fuerza ha de estar en reconocer la situación, en apartarse de la ocasión, y buscar con libertad de espíritu y de corazón la ayuda necesaria en otra persona.

Un amor espiritual-espiritual

Pero volvamos los ojos de nuevo a esa especie de amor que reclama la Santa como vínculo para sentirse todas amigas, para seguir ahondando en sus exigencias y lograr ese estilo específico de la hermandad teresiana. Tratar de él, puede ser un modo de “aficionarse” (C 6,1) a tenerlo, como señala ella.

Ya hemos apuntado que, en definitiva, se trata del amor de caridad con el que hemos sido amados por el Señor, que nos juntó. Pero debíamos aún anotar que la Santa le ha dado, como sabemos, un nombre propio con el que queda bautizado y caracterizado para quienes aspiren a vivirlo a su estilo. Ella lo ha definido como el amor espiritual-espiritual, “porque ninguna cosa parece toca a la sensualidad ni la ternura de nuestra naturaleza” (C 4,12), en clara diferencia y contrapartida de un amor espiritual-sensual, en el que ya se mezcla “nuestra sensualidad y flaqueza o buen amor” (Ib.).

Ese amor espiritual-espiritual puro sería, por tanto, el ideal que alcanzar y practicar. Pero la Santa, con ese sano realismo con que ve las cosas, lo primero que nos dice es, para curarnos en salud y evitar la presunción que “por ser de grandísima perfección” (C 6,1) lo tienen pocos.

Con lo cual, lejos de desalentarnos, quiere, más bien, prevenirnos frente al desaliento, avisando que nos encontramos ante un reto difícil, pero no imposible, pues algunos lo tienen, de hecho, y que habrá que luchar más, por tanto, para acercarnos a él.

Ahora bien, porque se trata de un amor espiritual-espiritual, la Santa nos advierte que hay un momento privilegiado para hacer que nazca y se avive ese amor: el de la oración. Y su argumento es certero. Porque es en la oración donde Dios nos manifiesta su amor por nosotros, y con ello motiva el nuestro. Es allí donde nos enseña cómo es ese amor y, por tanto, donde aprendemos cómo tenemos que amar.

Lo dice con frase precisa: “El Señor enseña a quien se quiere dar a ser enseñado de él en la oración, o a quien Su Majestad quiere”, con este añadido alentador: “que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí” (C 6,3).

Quizá no sea ocioso, dado que, al fin, la oración es en sí la misión de la hermandad teresiana, ahondar un poco en esa relación mutua.

Amor y oración: vasos comunicantes

Nos cuesta entender, en fin, que la oración y el amor de caridad, por tener una misma fuente y origen, son dos vasos comunicantes en los que el nivel del uno nos cerciora del nivel del otro. Pues, al fin, se trata de un mismo ejercicio amoroso. Algo que cobra mayor relieve y evidencia en la perspectiva de la oración teresiana, que al fin es “trato de amistad”.

De modo que ahondar en la experiencia de la oración, en la comunicación y el encuentro con Dios, lleva indefectiblemente a crecer en la estima, la comprensión y el amor del hermano.

Y, a la inversa, cada vez que nos ejercitamos en ese amor fraterno, estamos acercándonos un poco más al amor de Dios, pues tocamos y regamos las raíces de ese amor, que están en Dios.

Pero no cabe llamarnos a engaño: la autenticidad de este amor solo se verifica de verdad en **el amor real al hermano con el que convivimos**, y es ahí donde debemos tomar el pulso a nuestra vida y a nuestra misma entrega a Dios.

Solo si acertamos a perseverar en este amor nuevo al hermano, que nos nace en la vivencia de la oración, con todos los matices de entrega y generosidad que luego veremos, podemos tener una garantía de que nuestra oración es verdadera y nuestra fraternidad tiene consistencia, porque se apoya en Dios.

Pero lograrlo no es empeño fácil y la Santa nos ha advertido que hace falta ser “almas generosas”, de ahí que quienes logran alcanzar una dosis ejemplar bien pueden ser calificadas de “almas reales” (C 6,4).

Pues también existe, nos guste o no, una aristocracia del espíritu que no se aviene con las aspiraciones de una persona de aspiraciones e ideales mediocres.

Puesta a señalar esos matices aludidos que ha de tener este amor espiritual-espiritual el primero que ella resalta es que se trata de...

Un amor profundo y no superficial

Esto que quiere decir que no se basa en lo que la criatura tiene de aparente o pasajero. El incentivo y el reclamo de ese amor no está en la hermosura o en las cualidades o dones de naturaleza que la persona tenga. Por más que, como cualquier otro ser humano normal, aprecie y reconozca la belleza o los dones de la naturaleza de cada persona. Y así ha de ser, pues de lo contrario sería menospreciar también a Dios, de cuya hermosura es reflejo la de las criaturas. Pero nunca ese aprecio será la razón fundamental del amor. Y si así lo hicieran alguna vez, mientras purifican, caminando, sus propias actitudes, luego se “avergonzarían” (6,4) ante el Señor, por haber amado una realidad tan pasajera y poco consistente, como una sombra huidiza.

Nosotros medimos, de ordinario, la profundidad de un afecto, según que nos nazca más o menos de dentro. Pero esta profundidad del amor, en este caso, se mide más bien por la hondura del motivo que provoca y sostiene el amor. Y la razón íntima de este amor al hermano está en que este es amado por Dios y honrado por El con su gracia, en que es llamado a una vida sobrenatural. Y en que, en sí, él mismo ama a Dios.

Y ayudarle a cultivar esa gracia y relación con Dios, a que crezca en ella, se convierte en el primer afán que llevará a quien quiere conseguir este amor a procurar el bien espiritual del otro por todos los medios a su alcance: con su estímulo, con su oración, con su corrección fraterna.

Saliendo al paso de una previsible objeción que podría hacerse a este tipo de amor que, a simple vista, parece descarnado, ya que, para sentirlo y sostenerlo, hay que bucear en las razones íntimas, en lugar de dejarse llevar por los sentidos, como es humano, la Santa argumenta resolviendo la duda, que también quien tiene esta especie de amor se guía por lo que ve. Solo que, por no dejarse llevar simplemente de la apariencia, logra ver lo íntimo. Y, así, dice con precisión la Santa que estas almas pasan por los cuerpos y ponen los ojos en las almas (6,8), de modo que su intento es, precisamente, el ayudarles a conseguir todo lo que pueda ser un provecho para las mismas. De ahí que este amor tiene unas características muy singulares.

Un amor generoso y desprendido

Porque, frente a ese instinto tan humano de “querer que nos quieran” (6,6), de buscar la correspondencia con nuestro amor tan a menudo interesado, quien aspira o posee ya este amor espiritual-espiritual, busca por encima de todo el bien del otro. Son almas “aficionadas a dar, mucho más que no a recibir” (6,7). Y esta actitud de generosidad y desprendimiento ha de ponerse en evidencia tanto con Dios como con los semejantes. Esa sería, por tanto y, en definitiva, la clave auténtica para definir el amor verdadero al hermano con el que convivimos: **el olvido de uno mismo, el desprendimiento, la solicitud y la entrega generosa.**

De modo que, según la Santa, solo estas actitudes merecen el nombre de amor. Cualquier otra actitud fuera de ellas, por mucho que nosotros la denominemos amor, es una usurpación de su nombre y de su ser.

Y, como lo importante, según ya se ha apuntado, es buscar y contribuir al provecho de aquella alma, pues no les importa el imponerse cualquier trabajo a sí mismas a fin de que la otra lo consiga, ya que es la única manera de sentirse segura en su amor, pues lo es de que ambos caminan hacia Dios y en Él tendrá para siempre consistencia y duración el encuentro.

Un amor duradero

Esto de que sea un amor duradero lo recalca Teresa como señal de autenticidad, en manifiesta diferencia de lo que suelen ser los amores humanos, como sabemos por experiencia. Todo amor humano, efectivamente, es temporal porque nace vinculado a la propia limitación temporal de la persona que lo engendra. De ahí que, si queremos dar una dimensión trascendente a nuestro

amor y que vaya más allá de lo que va la propia vida temporal, lo sensato sería siempre solo iniciar nuestra relación amorosa con quien vayamos a encontrarnos de nuevo, más allá de la frontera de la muerte en el mismo camino que se adentra en la eternidad: “Amor que solo acá dura” no merece la estima.

Sagazmente, la Santa advierte también que, cuando el amor nace y se ceba en la superficialidad de lo que se ve y no tiene consistencia, pero no hay encuentro en el ideal y en Dios, por más que abunden las cualidades y reclamen su amor, un alma ya avezada al amor de Dios, no se siente obligada a corresponder ni puede siquiera sostener ese amor que se le ofrece de una criatura, porque la propia voluntad se resiste a hacerlo, pues intuye que no caminan hacia la misma meta, y que es amor perdido.

Y no solo es un amor generoso y desprendido, sino que es también.

Un amor provechoso y sacrificado

De lo dicho, se deduce que nunca un amor así es sencillo y cómodo, porque no se trata de un simple ver extático, de quien ve en la distancia lo que el otro hace y en ello se recrea. Amar con este amor espiritual-espiritual es sentir la “pasión” (6,9) —como dice la Santa— porque el otro se beneficie y crezca en el amor de Dios, aportando para ello todo cuanto uno es y tiene, en ese afán de que el amor de Dios llene la vida del hermano a quien amamos. Teresa nos lo advierte sin rodeos para que no nos llamemos a engaño. Esta especie de amor es siempre muy a “costa” de quien lo cultiva para que otro se beneficie. De modo que, como ella recalca con precisión, uno está obligado a “poner todo lo que puede” para que el otro se aproveche. Y ese poner todo significa, por tanto, que no basta con ofrecer cualquier sacrificio más o menos costoso o llevadero en beneficio del ser amado. La Santa afirma con claridad rotunda que, cuando se ama de verdad y con este amor, hay que estar dispuesto a perder “mil vidas por un pequeño bien suyo”. (6,9), frase muy teresiana que reserva siempre para ponderar aquello que se estima como bien sumo, por el que bien merece pagarse también un precio sumo y aun al parecer, desproporcionado. De donde se deduce que, mil vidas que se tuvieran serían todavía precio oportuno y barato para lograr el crecimiento espiritual y en el amor del alma de un hermano con el que se convive y camina hacia la misma meta. Por ello, lo menos que cabe hacer es gastar generoso la única vida que se tiene en su ayuda y beneficio.

Si, ante el reclamo de estas exigencias, nosotros medimos el amor real que tenemos a nuestros hermanos y el sacrificio de que seríamos capaces por ellos, seguramente tendremos que reconocer que andamos lejos de tenerlo en la obra, por mucho que lo sueñen nuestros deseos, y daremos la razón a la Santa que decía, de entrada, que este amor lo tienen pocos.

Ahora bien, la certeza de que son pocos los que lo alcanzan no nos exime del deber de intentar tenerlo. Y es acaso en la verificación del sacrificio que puede costarnos la entrega a este amor fraterno sin reservas, donde está la garantía mejor de que se trata de un amor espiritual-espiritual, y no un simple amor humano superficial y pasajero el que nos nace frente a alguien.

Para recordarnos que no es, con todo, un amor imposible, y aún que todos hemos podido experimentar y beneficiarnos de un amor así de generoso y sacrificado, la Santa termina el capítulo con una evocación admirativa que, al avivar la memoria de lo que cada uno hemos recibido, debiera despertar en nosotros el deseo de recrear ese amor para darlo a los demás. “¡Oh precioso amor que va imitando al capitán del amor, Jesús, nuestro bien!” (6,9).

He aquí el argumento decisivo y la base sobre la que se asienta este amor sacrificado. Así nos ha amado Jesús, que ha entregado su vida por nosotros, y gastar la nuestra a su imitación, como pide la vocación con la que nos hemos comprometido, supone ir entregando también la nuestra, la única que tenemos, la vida real y concreta, la que vivimos día a día y hora a hora, en beneficio del hermano con quien convivimos.

Para que no nos quepa duda, y por si el ejemplo de su entrega no hubiera sido lección bastante, Jesús nos lo dijo de palabra también, para que nos sirva de reclamo y apremio: “no hay mayor amor que dar la vida por los amigos”.

Por si todas estas cualidades del amor espiritual no fueran ya bastantes para enaltecerlo, la Santa ha señalado también otra que es más obligación de quien lo recibe que propósito de quien lo da. Pero lo cierto es que este amor espiritual-espiritual ha de ser...

Un amor agradecido y humilde

Naturalmente, quien se beneficia de un amor, y mal podría disfrutarse un amor tan exquisito —sin ser consciente de cuánto supone de entrega y altruismo de quien lo da— por fuerza tiene que sentirse agradecido. Y aquí es donde entra, curiosamente, en juego la humildad, que una vez más corresponde a la verdad, según la clásica definición teresiana, en su sentido más estricto. Y es que quien percibe este amor que recibe tiene muy clara la conciencia de que es un amor regalado, algo que no se ha ganado con sus dones, por deslumbrantes que fueran. Sino algo que le viene dado como arreos del propio amor de Dios en su vida. Que si alguien les quiere, es por redundancia del amor de Dios, “porque les quiere Dios”. Y conscientes de esta realidad, y porque la valoran, su correspondencia no es agradecer el amor a quien se lo da, que sería paga corta por humana, sino encomendar a Dios que lo pague, y se lo suplican, puesto que por él lo dan, con lo que se fían en la certeza de que será paga con creces, y “con esto quedan libres que les parece no les toca”, concluye la Santa.

Amor ardiente tenaz y desinteresado

Lo primero que recalca, precisamente, es que se trata de un amor apasionado. No es, pues, el deseo —más o menos vivo o tibio— de un momento de fervor, sino de un deseo tan vivo y fuerte de querer ayudar al hermano a que avance en su camino hacia Dios que se convierte en el impulso instintivo que le lleva a desvivirse en su favor, con la fuerza y la viveza ardiente con que otros se dejan arrastrar de sus pasiones, que por eso es apasionado. Y como expresión de esta pasión amorosa del beneficio ajeno, la Santa señala: “qué de lágrimas cuesta, qué de penitencias y oración” (7,1). Más aún, tan deseosa está de este bien para el

hermano, que no se satisface con ofrecerle lo propio, sino que quiere también que otros se sumen al empeño. Y así se piden oraciones a otros, a “todos los que piensa” le pueden hacer caso.

Dicho lo cual, ya se entiende que no es la solicitud de un día de entusiasmo y altruismo en el que se olvida lo propio para regalar la solicitud al hermano, sino la actitud tenaz con la que se persigue “de ordinario”, día a día, su bien, desde el olvido constante de uno mismo. Extremando este apasionamiento, la Santa llega a decir de quien se siente movido por este afán que “ni come ni duerme” en el temor sobresaltado de que pueda el otro perder lo conseguido y dar un paso atrás en su seguimiento y entrega al Señor, lo que pudiera poner en riesgo el encontrarse al fin, juntos y para siempre en Él, que es lo que, como señal de verdadero amor, le mueve.

Con razón dice Teresa que se trata de un amor sin poco ni mucho de interés personal, que no hay en él ese afán mercantil —que tantas veces se agazapa en el amor humano— de “do ut des”, te doy para que me des, te amo para que me ames, y así yo coseche multiplicado lo que sembré. Aquí, no, “todo lo que se desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del cielo”. Tanto es así, que ni siquiera sueña con vivir juntos mientras dura el camino, que es querencia natural en el amor humano, y aceptaría verse privado de su compañía por la muerte misma, si con ello se asegura el bien del otro.

Antes de resaltar otras cualidades de este amor espiritual-espiritual, la Santa hace un inciso para prevenir a sus hermanas, que aun viviendo todas en esa tensión hacia el amor mejor, bien puede surgir no ya el deseo, sino la simple referencia en la conversación a otras supuestas especies de amor humano, pues al fin viven en el mundo, y que tan lejos quedan de este ideal noble... Y distingue entre los quererres de por “acá”, “desastrados”, como sinónimo quizá de desgraciados, de rotos o no correspondidos. Los amores decididamente malos, ilícitos, y de estos no hay que hacer mención ni quisiera consentir que otros la hagan, pues podría “dañar oírlo”, y esos otros amores lícitos, de los que tan difícilmente se despega el natural, cuando siento o deseo la cercanía de los amigos, la familia o, simplemente, del hermano más afin de la comunidad. Y para los que, como dice con fina ironía la Santa, “toda la voluntad es que no se nos muera”, todos sus trabajos los vivimos como propios o que “si les duele la cabeza, parece nos duele el alma.” (7,2).

Volviendo de nuevo al amor puro espiritual, que no deja de ser también sentido y acompañado en lo que la sensibilidad humana tiene de natural, ella lo ve como un *amor acrisolado en el sufrimiento*.

Amor acrisolado en el sufrimiento

Algo que pertenece, quizá, a la entraña misma del amor, pues difícilmente se madura en un amor, aunque sea humano a secas, sin pasar por la fragua del sufrir. Y, a tenor de lo que sabemos y hemos visto en la vida de los santos, pensar que pueda darse un amor grande a Dios sin una gran purificación, es pensar en lo excusado. Solo que aquí entra en juego un doble sufrimiento, el del amante y el del amado. Es decir, el sufrimiento que causa ver sufrir a quien amamos. Algo

también muy natural, pero que aquí se trasciende de una forma extraña, según lo explica la Santa. Pues cuando el que ama con amor puro espiritual ve sufrir, en medio de la prueba, al hermano que está a su lado, sobreponiéndose al dolor instintivo o de “presto”, amén de encomendarle al Señor para que le dé paciencia y fortaleza, se fija más bien en si es bien para su alma y ayuda para crecer en la virtud y, sobre todo, en cómo lo lleva. Y mientras lo haga con esa dignidad y elegancia que es propia de quienes asumen la contrariedad como camino de purificación hacia Dios, lejos de sentirlo, se alegra. Si bien, en un rasgo insólito de generosidad, que solo quien ya se ejercita en el amor puro puede tener, quisiera asumir el sufrimiento del hermano y regalarle el mérito que en ese sufrir pudiera haber. Y ahí está, según la Santa el motivo por el que aprovechan tanto, porque al fin acumulan el beneficio del sufrimiento propio y del ajeno regalado a su provecho por quien les ama. Y hablando de este matiz y de lo que se acrisola el amor en el sufrimiento, Teresa no puede por menos de volver a decir, como ya dijo en el capítulo pasado, que esta especie de amor es la que más se parece “al que nos tuvo el buen amador Jesús” (7,4).

Otra cualidad que adorna este amor espiritual puro, según la Santa es que se trata de ...

Un amor sincero y sin doblez

Algo con lo que sueña siempre el amor humano, y que raramente consigue: llegar a una transparencia donde el uno no oculte lo que es y acepte verse sin miedo ni rubor en el espejo de lo que el otro piensa. Algo que no resulta fácil, porque todos tendemos a poner en evidencia lo que nos exalta y ocultar lo que pudiera hacernos perder prestigio. En un alarde frecuente de pretendida humildad, somos capaces también de reconocer nuestros defectos, a condición de ser nosotros mismos quienes nos adelantamos a publicarlos, pero nos cuesta encajar que sean los demás quienes los descubran o aireen. En cualquier caso, nos gusta más el halago que la corrección, por muy llena que venga de cariño y buenas formas.

Pues bien, quien se mueve a impulsos de este amor puro hacia su hermano, nos asegura la Santa que —lejos de todas esas precauciones y buscando de nuevo el beneficio y el bien del otro—, en lugar de halagarle magnificando el bien que realiza, se fija en sus faltas y, aunque no se sorprende de sus debilidades, que al fin son humanas, trata de advertirle cuando ve en él algo de negativo para que pueda enmendarse. Lejos, pues, de toda lisonja o doblez, como dice ella, en cuanto les parece que se apartan del camino, se lo advierten sin disimulo. Hasta las motitas ven, advierte ya Teresa, como avisando de que no se extrañen. Y en pocos momentos se hace tan evidente el amor mutuo como en esta corrección fraterna, tan costosa de asumir por el que la recibe, como de hacer por el que la ofrece. Y bien cabe pensar que, si nos falta quien —amorosamente— nos la haga, es que aun el amor de nuestros hermanos no es suficientemente generoso, aunque nunca sobra el preguntarse si estamos dispuestos a recibirla o es nuestro rechazo de otras ocasiones lo que motiva y obliga al silencio a nuestros hermanos. Por más que asegura la Santa que quien tiene este amor puro no se arredra y seguirá en su empeño hasta que el otro se enmienda o aparte de la amistad. Con razón dice ella que esto se puede convertir en una cruz.

Una vez manifestado el ideal del amor perfecto, que es el que la Santa desea para todas sus hijas —como dice sin rodeos “esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos” (7,5) y porque sabe que no se llega a conseguirlo de repente ni se alcanza solo por desearlo—, invita a echar mano para conseguirlo de lo que simplemente tenemos todos más a nuestro alcance: el amor sensual, que nace más a ras del natural y a impulso de la ternura que el otro nos provoca. Si nos ejercitamos limpiamente en él, el Señor lo irá perfeccionando y —purificado de escoria— podrá, al fin, convertirse en amor puro, nos asegura ella. Solo una condición pone la Santa para que esa sensualidad no dañe: que nuestro amor no se ate a una sola criatura, sino que alcance a todos los que nos rodean, por más que sea natural el sentir predilecciones.

También este amor menos perfecto y más sensual, tiene sus cualidades, con las que se adorna, según describe la Santa y, al hacerlo, apunta a una serie de ocasiones que depara la vida comunitaria para poder, ejercitándose en ellas, conseguirlo, y así lo define como...

Un amor compasivo y atento

Este amor, lo primero que ha de tener en cuenta es la sensibilidad del hermano, siempre tan diferente de la mía, para saber valorar en qué medida le afectan las cosas, especialmente las enfermedades o los contratiempos, los “trabajos” que diría Teresa.

Nunca debiéramos juzgar desde nuestra sensibilidad, sino desde la propia de nuestro hermano, poniéndonos en su “pellejo”, para evitar la equivocación segura. Porque las mismas cosas, la mala noticia de un fallecimiento familiar, un dolor de muelas, la misma temperatura de fiebre es vivida de muy diferente manera según la sensibilidad propia. Y siempre, además, suele parecernos que lo de los demás no tiene importancia y que se inquietan sin motivo y por pequeñas cosas, que nos parecen así porque las vemos desde lejos, mientras las nuestras sí nos parecen grandes, solo porque las vemos más de cerca. Pero, aunque fuera así objetivamente y, en verdad, el prójimo fuera más débil que nosotros, tampoco hay razón para la presunción si —como dice sagazmente la Santa— recordamos el tiempo en que fuimos más débiles, y lo que el Señor nos ha ayudado para llegar a ser más fuertes.

Y este aviso singular se lo advierte, de manera especial, Teresa a quienes, de hecho, tienen ya un amor más puro y acrisolado y que, por lo tanto, se encuentran como más serenos dentro del sufrimiento, porque han acallado más su sensibilidad y han descubierto también más el valor de ese padecer, que encajan por lo mismo con naturalidad y sin queja. Pero, como esto es gracia que viene del Señor, y no de ella (7,6), no hay razón para la presunción de pensar que uno es mejor porque es más sufrido. Lo que, en todo caso, podría llevar a “enfriar” la caridad y faltar en la misma.

Prosiguiendo en la enumeración de matices que ha de tener este amor fraterno siempre, pues, en definitiva, el amor sensual ha de ser un paso en el que no hay que estancarse hacia el amor espiritual, indica que también debiera ser...

Un amor alegre, contagioso, discreto

Y ninguna ocasión mejor de regalar y compartir esa alegría contagiosa que la recreación, que es el gran hallazgo teresiano que sirve de contrapunto al silencio, la oración y la soledad, dentro de la vida de comunidad, y que no duda en calificar como expresión de “amor perfecto” (7,7).

Este encuentro informal de la recreación tiene una importancia suma para mantener a punto el engranaje de la vida comunitaria y engrasar el acoplamiento de las sensibilidades diferentes para que no chirrien. Es la hora de la comunicación espontánea, con sencillez, de lo que uno vive y siente, la hora de compartir lo que nos alegra y nos preocupa, la hora saberse reír de uno mismo, de las propias torpezas o manías. La hora también de minimizar las faltas ajenas. Porque las propias, claro está, las tenemos siempre ya minimizadas.

El saber encajar, sin que nos hagan daño, las faltas de los demás, va más allá, naturalmente, de la recreación, y abarca toda la jornada, puesto que en cualquier momento podemos advertirlas y tropezar en ellas. Y nunca mejor dicho. Porque las faltas de los otros, son siempre como tropiezos o piedras sobresalientes del camino que obstaculizan nuestro andar. Y todos tendemos a hacer de ellas un arma arrojadiza con la que defendernos cuando nos sentimos agredidos por los demás que nos echan en cara las nuestras.

Para defendernos de esa tendencia instintiva, la Santa nos ofrece unos consejos realmente preciosos y llenos de humanidad y el primero es sentir como si fuera propia la falta de nuestro hermano y saberla encajar, por mucho que nos afecte, como expresión y ejercicio de amor para con él. Más aún, de esa forma estamos trabajando para nuestro beneficio, porque si acertamos a tener esa comprensión e indulgencia con las debilidades ajenas, nos estamos asegurando que también ellos la tengan con las nuestras, que —como dice con ironía la Santa— son más de las que entendemos o sabemos.

Un segundo remedio —apunta ella— será también encomendar al hermano al Señor para que, a su luz, sepa reconocer sus fallos y, con su gracia y su fuerza, sea capaz de corregirlos. Pero el antídoto más eficaz frente a las debilidades ajenas, para que no nos dañen ni corrompan a la comunidad, está en el consejo que Teresa nos ofrece y que es procurar hacer uno “la virtud contraria” de la falta que vemos en el otro. La propia Santa, admirada del buen consejo, añade ufana: “este es buen aviso, no se os olvide”. Y lo es, a condición de que lo hagamos con sencillez y no como reproche, enseñando o —mejor aún— reparando de obra lo que, quizá, de palabra no tendría efecto... Y siempre será preferible gastar en ello nuestras energías que no en el intento vano de querer que el otro cambie a nuestro gusto o acomode su sensibilidad a la mía.

Y, en ese buscar el provecho ajeno y de la comunidad, es donde está —como vuelve a recalcar la Santa— el “verdadero amor”, pues una vez más conlleva el olvido de sí y la entrega al bien de la hermana. Y no en la confesión de palabra que podamos hacer, asegurando nuestro cariño a los demás que, al fin, como enseña el refrán, obras son amores y no buenas razones. Pero, como esto de las palabras es siempre tentador, porque cuesta poco el decirlas y, además, sabemos que resulta halagador escucharlas, en medio de estas descripción minuciosa de matices del amor fraterno, la Santa hace un inciso inesperado, pues sobraría

después de todo lo apuntado, para advertir a sus monjas que eviten en su trato los requiebros, las palabras regaladas: como *mi vida, mi alma, mi bien*. “que a las unas llaman uno y a las otras, otro” (8,8) añade, con esa fina ironía tan suya que, a la vez que señala el defecto, vierte una gota de bálsamo para que no resulte hiriente. Esas palabras, según ella, habrá que reservarlas para quien de verdad lo es, pues en Él se cumplen, y ofrecérselas a los humanos sería abaratar su sentido y luego sería menosprecio repetírselas al Señor. Más aún, sería como cultivar de intento una emotividad femenina, superficial, que andaría lejos de ese espíritu de fortaleza con que quiere recorran el camino que hasta espanten a los hombres...

Finalmente, la Santa alude a otro matiz que debe tener este amor fraterno, que debiera llegar a ser...

Un amor servicial, incansable y admirativo

Todo ello, en beneficio de los hermanos y al fin de la comunidad. Y que es en la vida de cada día donde ofrece unas ocasiones abundantes de ejercicio y, por lo tanto, de crecimiento. Ella se refiere concretamente a la oportunidad de asumir uno —quitándoselo a los demás— el trabajo de los oficios de la casa. No se trata —es evidente— ni de anular o marginar a los otros, ni de asumir tareas o responsabilidades que no corresponden, ni menos de querer protagonismos o hacer exhibiciones de virtud y de entrega. Cada uno debe ser responsable de la encomienda que la comunidad le hace y aportar con solidaridad su esfuerzo para una marcha armónica... Pero no todos tenemos la misma capacidad de trabajo, ni todos los trabajos encomendados exigen el mismo esfuerzo. Conformarse con cumplir lo encomendado puede ser una postura cómoda, si la tarea es leve o las fuerzas largas. Y dejar al otro que cumpla a rastras y con agobio lo suyo mientras yo estoy ocioso sería prueba sobrada de egoísmo y comodidad. La muestra de amor a que alude la Santa está, por tanto, en esa disponibilidad para ayudar al hermano necesitado al que se le acumula la tarea o le escasean las fuerzas. Y debe hacerlo con discreción, casi como quien pide un favor para no estar ocioso y aburrido, y no como quien reprocha al otro sus agobios o su torpeza. Mientras en la comunidad haya algo pendiente de hacerse, cada uno está llamado a acudir con generosidad a su servicio sin preguntarse a quién corresponde, ni menos echárselo en cara.

Y, si somos conscientes de cuánto los demás también aportan al bien común del que yo me beneficio, lo justo es que sienta gratitud y admiración por la entrega de mis hermanos. De ahí que nada sería tan natural como practicar con elegancia ese detalle a que la Santa alude como complemento: el **alabar al Señor por la entrega**, la virtud de nuestros hermanos, que podría incluir también nuestra propia alabanza y reconocimiento que, si es con sencillez, no envanecerá al hermano, aunque acaso sea siempre más prudente hacerlo a sus espaldas para evitar cualquier apariencia de halago o lo que sería peor aún, de adulación.

La Santa, convencida, advierte que, si todas estas cosas se procuran guardar con diligencia, crecerá la armonía, la concordia, el amor fraterno. Y lo dice no como quien presagia un bien deseado, pero aún no comprobado, sino como quien lo ha visto por experiencia, lo ha vivido en aquella experiencia primigenia de San José, que es lo que, al fin, queda plasmada en el *Camino*, y que ofrece como un

espejo en que mirarse a todas las que vendrán; y olvidar estos apremios o no cumplirlos sería abocar la propia vida y la de comunidad hacia un purgatorio insostenible, porque sería “muy recio de sufrir, pocas y mal avenidas”.

Pero, como el riesgo es posible, por humano, y como la llamada del Señor deja intacta esa humanidad del convocado, la Santa, antes de concluir la reflexión sobre el amor fraterno, advierte de los riesgos posibles que amenazan a la comunidad.

Los riesgos del desamor

El primero de ellos parece una insignificancia y nos puede parecer desproporcionado, pues se refiere a cualquier “palabrilla” que pueda resentir la fraternidad. Pero el diminutivo no resta importancia a la realidad. Y es que todos sabemos que una palabra puede herir como un cuchillo. Bueno, las palabras no hieren, son inocentes en sí mismas, mientras están en el vocabulario. Es el tono, la intención que se adivina, el momento inoportuno lo que se clava y distancia, lo que sigue recordándose después de años, como una herida abierta y no cicatrizada. Triste que así sea, pero es.

Y a partir de la palabra o los hechos desafortunados, puede originarse un mal mayor: la división, “los bandillos” que dice ella, motivados quizá por lo que la propia Santa apunta: los deseos de ser más, de ocupar oficios que se presume o acaso son de mayor prestigio ante los demás.

La sola evocación de estas posibilidades que ella adivina e intuye, enciende el ánimo de la Santa, y su palabra y su tono se hacen ardientes como pocas veces, y nos transmite un sentimiento que estremece su corazón que “parece se me hiele la sangre, cuando esto escribo, de pensar que puede en algún tiempo venir a ser” (7, 10). No parece que hable a humo de pajas, pues añade que por lo que ve, “es el principal mal de los monasterios”. Por eso, su diagnóstico es sincero y grave: Han echado al Señor de casa, ya que, distanciándose de unos hermanos, se han distanciado de Él, que convocó y aunó a todos. Y solo cabe el recurso de pedirle de nuevo que regrese, de orar y, con la fuerza de la oración, recuperar la presencia y la concordia con todos agrupados en su amor.

Y, si bien esta es una recomendación para todos y cada uno de los miembros de la comunidad, la Santa hace un llamamiento particular a quien debe ser la animadora del amor y la concordia: la priora, en cuya entrega y amor todas han de sentirse amadas. Ella es quien primero y más que nadie debe procurar que eso no suceda. Para instarle a ello, la Santa ha escrito las palabras más vivas y ardientes quizá de todos sus escritos, unas palabras apasionadas, de fuego que quema y no puede dejarnos indiferentes: hay que defenderse a toda costa de ese peligro, alejando a quien lo provoca, cortando la rama o, si hace falta, el árbol desde la raíz, aislando al menos, si lo otro no pudiese, a quien lo causa. En fin, cualquier remedio con tal de que no cunda el contagio de lo que ella califica con palabra propia, de pestilencia...

La frase final con que la Santa termina su advertencia resume mejor que ninguna otra consideración el temor con que ella valora este peligro y su miedo estremecido de que un día pueda alcanzar a alguna de sus comunidades, todavía

inexistentes cuando escribe, pero con las que ya sueña para un mayor servicio a la causa de la Iglesia... Precisamente por eso: porque es un amor aprendido y asimilado del amor que Dios mismo nos tiene, copia de alguna manera sus características.